
Apéndice 5

Una reseña del Antiguo Testamento

Al comenzar la lectura de la Biblia, se nota inmediatamente quién es el héroe de la historia: «En el principio creó Dios...» (Génesis 1:1). En la Biblia se presenta una historia, pero una historia que no lo es tanto del hombre, sino de Dios, de un Dios que actúa en los asuntos del hombre, que hace planes para nuestra redención, que forma parte de nuestras vidas, del mismo modo que formó parte de las vidas de personas de antaño.

La historia comienza en Génesis 1 con la creación: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra [...] Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz» (Génesis 1.1, 3). Dios creó el firmamento y separó las aguas de arriba de las aguas de abajo. Él hizo que se descubriera lo seco, y creó la vegetación: los árboles, las plantas, las flores y la hierba. Y puso el sol, la luna y las estrellas en el lugar que le corresponde a cada uno: el sol para reinar de día y la luna para reinar de noche. Luego hizo las criaturas que pueblan el aire y el mar. Al sexto día hizo los animales que andan sobre la tierra, y luego dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» (Génesis 1.26). Dios creó al hombre a Su imagen, y de él tomó una costilla, que

literalmente es un pedazo del costado, e hizo a la mujer. Dijo que ella es «ayuda idónea para él» (Génesis 2.18) y la trajo al hombre. Y este dijo: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis 2.24).

No pasó mucho tiempo para que la belleza y la pureza de la existencia de ellos en el huerto del Edén, se echara a perder por el pecado de comer el fruto prohibido. Como consecuencia de esto, a ellos les cayó una maldición, y la muerte entró a toda la humanidad. El hombre y la mujer fueron echados del huerto. Poco después de esto, les nació un hijo llamado Caín y otro llamado Abel. Caín mató a su hermano Abel porque a Dios le agradó el sacrificio que hizo este, y no le agradó el que hizo aquel. Caín se llenó de envidia y aborreció a su hermano por ello.

El hombre siguió empeorando hasta que, al final, el Señor se lamentó de haberlo hecho, y dijo: «He decidido el fin de todo ser» (Génesis 6.13). Solo una familia halló gracia ante los ojos de Dios, la familia de Noé. Este y su esposa, junto con Sem, Cam y Jafet y las esposas de estos, entraron todos en el arca para ser salvos del diluvio que Dios enviaría sobre la tierra. Dos de cada especie de animales inmundos y siete parejas de cada especie de animales limpios, fueron introducidos en el arca, y Dios cerró la puerta. Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches, y las fuentes del abismo se rompieron. Todo ser que había sobre la tierra fue destruido.

Después de esto siguieron las generaciones de hombres, y ellos fueron de mal en peor. Trataron de construir la torre de Babel, y Dios confundió el lenguaje de ellos, de modo que no pudieron terminarla. Luego, llegamos a un hombre en especial que llegaría a ser la persona más importante de la genealogía de nuestro Señor, Abraham.

Cerca del 2000 a. C., vino la Palabra de Dios a Abraham, en Ur de los Caldeos, diciendo: «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré» (Génesis 12.1). Y añadió: «... serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Génesis 12.3). Esta es la primera referencia inequívoca que se hace de Cristo, en el Antiguo Testamento.

Abraham, Sara, Lot, el padre de Abraham y varios más salieron de Ur de los Caldeos y viajaron en dirección noroeste, hasta llegar a un lugar llamado Harán, donde se asentaron. Después de la muerte de Taré, el padre de Abraham, este descendió a la tierra de promisión a la edad de setenta y cinco años, y moró en ella. Durante esta época, se separó de Lot e hizo un breve viaje a Egipto, y volvió. También durante esta época, Dios dijo que él tendría un hijo, a pesar de que él y Sara ya habían superado la edad de tener hijos.

Cierto día, Dios le dijo que mirara al cielo, para que tratara de contar las estrellas. Por supuesto que no pudo. Dios dijo: «Así será tu descendencia» (Génesis 15.5). Abraham creyó en Dios, y se le contó por justicia. Veinticinco años después de que se le hubo hecho la promesa a la edad de setenta y cinco años, cuando Abraham llegó a los cien años de edad, y la esposa de este a los noventa, nació el hijo Isaac.

El hijo de la promesa creció y se convirtió en un joven. Un día, Dios le dijo a Abraham que llevara a Isaac a un lugar que le mostraría en la tierra de Moriah, y que lo ofreciera allí en holocausto. Sin siquiera estremecerse, Abraham tomó a su hijo y estuvo dispuesto a sacrificarlo; pero Dios le detuvo y dijo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único» (Génesis 22.12). Y añadió Dios: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz» (Génesis 28.18).

Isaac halló esposa procedente de la tierra de Padan-aram. Se casó con su prima Rebeca. Tuvieron dos hijos, uno llamado Jacob y otro Esaú. Jacob fue el hijo de la promesa. Este se casó con Raquel y Lea, y tuvo doce hijos, cuatro los tuvo con las concubinas y ocho con las esposas. El favorito de estos era José. Los hermanos aborrecieron a José y lo vendieron y fue llevado a Egipto.

José fue entregado a Potifar. Cuando se le acusó de seducir a la esposa de este, fue echado en prisión. Estando en esta, interpretó los sueños del copero y del panadero. Dos años después interpretó el sueño de Faraón. Este había soñado que del río Nilo salieron vacas y que siete vacas flacas se las comieron. Luego, siete espigas hermosas fueron devoradas por siete espigas menudas. Por medio de esto, José anunció siete años de abundancia, seguidos de siete años de hambre. Hizo descender a toda su familia a la tierra de Egipto. Esta vino y se asentó en la tierra de Gosén. De este modo se salvaron de morir de hambre.

Los israelitas moraron en la tierra de Egipto durante cuatrocientos años o más. Allí ascendió al poder un Faraón que no conocía a José, y que oprimió en gran manera a los hijos de Israel. Trató de desgastarlos haciendo difícil el servicio de ellos en la hechura de ladrillos para sus proyectos de construcción. Los hijos de Israel clamaron al Señor por liberación.

Un hombre de la tribu de Leví tuvo un hijo llamado Moisés. El pequeño Moisés fue puesto en un carrizal a la orilla del río Nilo, donde lo encontró la hija de Faraón. Esta incluso pagó a la madre de Moisés para que cuidara de su propio hijo.

A la edad de cuarenta años, Moisés salió de la tierra después de haber matado a un egipcio. Moisés huyó a la tierra de Horeb, la tierra de Sinaí. Allí cuidó el rebaño de su suegro Jetro, durante cuarenta años. A la edad de ochenta años, observó un arbusto que ardía. Subió para

averiguar por qué no se consumía y oyó al Señor decir: «No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es [...] Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob» (Éxodo 3.5–6). Luego, dijo Dios a Moisés: «Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel [...] serviréis a Dios sobre este monte» (Éxodo 3.10, 12).

Después de mucho persuadirlo, Moisés fue. Cuando volvió a Egipto, Faraón no le hizo caso, sino que endureció aún más el trabajo del pueblo de Dios. Al final, con la ayuda de Aarón su hermano, Moisés hizo venir, con la ayuda de Dios, diez plagas sobre los egipcios: el agua que se convirtió en sangre, las ranas, los piojos, las moscas, la enfermedad que mató al ganado, el sarpullido y las úlceras, el granizo, las langostas, las tinieblas y la muerte de los primogénitos. Se mató al cordero de Pascua, y la sangre de este se puso sobre los postes y los dinteles de las puertas de sus casas. Dios dijo: «Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto» (Éxodo 12.12–13). Todos los primogénitos de la casa de Faraón y de toda la tierra de Egipto, murieron. Pero aquellos en cuya casa tenían sangre untada sobre los postes y los dinteles de las puertas, se salvaron.

Esa noche se oyó un gran clamor por todo Egipto. Todos los hijos de Israel reunieron sus materiales y viajaron en dirección este, hacia el Mar Rojo. Faraón fue tras ellos poco después. Cuando vieron que Faraón venía sobre ellos, clamaron a Moisés, diciendo: «¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que

muramos en el desierto?» (Éxodo 14.11). Moisés dijo: «No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros» (Éxodo 14.13). El Señor dijo a Moisés que extendiera la vara sobre el mar. Él hizo así, y las aguas se separaron. Los hijos de Israel marcharon sobre lo seco. Faraón y su ejército vinieron tras ellos. Moisés levantó nuevamente su mano sobre las aguas, las olas volvieron, y Faraón y su ejército perecieron en el Mar Rojo. Fueron cerca de 600.000 hombres que podían salir a la guerra (que con sus familias ascendían a un total de 3.000.000) que salieron de Egipto ese día.

Ellos viajaron en dirección sur hacia el monte Sinaí. Se les agotó el agua, y Moisés hizo salir agua de la roca en Refidim. Fueron atacados por los amalecitas. Por la mano de Moisés y la ayuda del Señor, Josué los derrotó. Al final, después de tres meses de viaje, llegaron al pie del monte Sinaí.

Ellos vieron el humo que salía del monte y oyeron el trueno de Dios y vieron el relámpago. La voz de Dios les habló, diciendo:

Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.

No tendrás dioses ajenos delante de mí.

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás...

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano...

Acuérdate del día de reposo para santificarlo...

Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No hurtarás.

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio...

No codiciarás... (Éxodo 20.2-17)

Moisés subió al monte y se quedó allí cuarenta días, donde recibió instrucciones de Dios relacionadas con la construcción del tabernáculo y el sistema judío de adoración.

Durante esos cuarenta días, los hijos de Israel llegaron a perder la paciencia, y le pidieron a Aarón, diciendo: «Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido» (Éxodo 32.1). Aarón tomó el oro de ellos, y de este formó un becerro, y ellos adoraron el becerro de oro.

Cuando Moisés bajó del monte y vio lo que habían hecho, quebró las tablas de piedra en que estaban escritos los Diez Mandamientos. Quemó el becerro de oro y lo molió hasta hacerlo polvo, lo esparció sobre el agua e hizo que lo bebieran.

Moisés volvió al monte y se quedó cuarenta días más. Luego bajó con las instrucciones para el tabernáculo. Estando allí, al pie del monte Sinaí, ellos construyeron el tabernáculo. Era una estructura portátil con tiendas extendidas sobre tablas. Un velo lo dividía en un lugar santo y un lugar santísimo. El arca del pacto, lo más sagrado del mobiliario, se encontraba dentro del lugar santísimo. El propiciatorio, el candelero y el altar del incienso, se encontraban dentro del lugar santo. El altar de bronce y la fuente de bronce estaban afuera. Aarón fue ordenado como sumo sacerdote. Sus cuatro hijos: Eleazar, Itamar, Nadab y Abiú, eran los sacerdotes que servían con él. Se hicieron los mantos y las vestiduras de ellos y el culto fue establecido. Del Señor descendió la nube que simbolizaba Su presencia en ese lugar.

Ellos se quedaron al pie del monte Sinaí once meses. Un día la nube se movió en dirección noreste, y el Señor dijo: «Ya han estado suficiente tiempo junto a este monte». Se les dijo que fueran hacia el norte. Así que tomaron rumbo a Cades-barnea.

Cuando iban de camino, murmuraron, y fuego del Señor devoró a algunos de ellos. Cuando codiciaron al ser enviadas las codornices, muchos de ellos murieron, y al lugar se le llamó Kibrot-hataava, esto es, «sepulcros de codicia».

Llegaron a Cades-barnea. De allí enviaron a doce espías; dos de ellos fueron Caleb y Josué. Los espías entraron a la tierra de Canaán, y volvieron trayendo una muestra del fruto. Era un racimo de uvas tan grande que fueron necesarios dos hombres para cargarlo en un palo. Ellos dijeron: «Es una tierra buena, pero es tierra que traga a sus moradores. Tienen ciudades con muros que llegan al cielo, y hay gigantes en la tierra, y somos, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecidos a ellos»; pero Caleb y Josué hicieron callar al pueblo y dijeron: «Somos más que capaces para tomarla. El Señor nos entregará la tierra». El pueblo no creyó en el informe de los dos, y dijeron: «No podemos tomarla. Designemos a un capitán y volvamos a Egipto». Debido a la incredulidad de ellos, vagaron cuarenta años en el desierto. Por cada día que estuvieron ausentes los espías, ellos tuvieron que vagar un año.

Durante esta época, Coré, Datán y Abiram se rebelaron contra Moisés y Aarón, y se abrió la tierra y se los tragó. A Moisés se le dijo que hablara a una roca e hiciera salir agua, pero él, lleno de ira, dijo: «¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?» (Números 20.10), y la golpeó. Dios dijo: «Por cuanto no creísteis en mí [...] no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado» (Números 20.12). Por ese tiempo se enviaron serpientes ardientes entre ellos, porque se quejaron y murmuraron contra el Señor. También para ese tiempo, Balac, el hijo de Moab, hizo venir a Balaam para que pronunciara una maldición sobre Israel, porque los moabitas temían a esta horda de israelitas que ya había derrotado a Sehón y a Og, y que habían tomado

posesión de la margen oriental del Río Jordán.

A la edad de 120 años, Moisés murió sobre el monte Nebo. Antes de morir, Dios le mostró toda la tierra y toda la hermosura de las laderas y de las llanuras, y luego dijo: «Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allí» (Deuteronomio 34.4). Moisés murió y fue sepultado, y Josué fue elegido para ser su sucesor.

Josué dirigió a los hijos de Israel en el paso por el río Jordán. Cuando los sacerdotes que llevaban el arca del pacto pusieron pie en las aguas del Jordán, estas se detuvieron y el pueblo marchó sobre lo seco. La primera ciudad a ser tomada fue Jericó. Los hijos de Israel marcharon alrededor de ella una vez al día los primeros seis días, y al sétimo día, marcharon siete veces, sonaron las trompetas y gritaron, y toda la ciudad fue destruida. Rahab y la familia de ella se salvaron porque ella había entablado amistad con los dos espías.

Desde el 1400 hasta el 1350 a. C. más o menos, la tierra les fue quitada a los cananeos. Durante esta época, Israel barrió por en medio de la tierra, desde Jericó al este, hasta Ai y Bet-el, lo cual dividió la tierra en dos. Derrotaron a la confederación sureña de los cananeos y luego a la confederación norteña de los cananeos. Este fue el día que Josué mandó que el sol se detuviera. Dios oyó la voz de un hombre, y el sol se paró en su curso.

Toda la tierra se repartió entre los hijos de Israel. El tabernáculo se levantó en Silo, que funcionó como centro religioso de esa época. Los levitas fueron ubicados en cuarenta y ocho ciudades diferentes, y se designaron ciudades de refugio donde pudieran huir los homicidas. Josué murió. Los hijos de Israel sirvieron a Dios todos los días de Josué y todos los días de los ancianos que sobrevivieron a Josué.

Durante un período que transcurrió desde el 1350 hasta el 1050 a. C. más o menos, se nos presenta un ciclo repetitivo: 1) Los hijos de Israel hacían lo malo ante los

ojos del Señor. 2) Eran entregados en manos de sus enemigos. 3) Ellos clamaban al Señor pidiendo ayuda. 4) Dios les enviaba un libertador conocido como juez. Y el ciclo volvía a comenzar. Volvían a pecar, se metían en problemas nuevamente, clamaban pidiendo ayuda y eran liberados otra vez.

Estos fueron los días de Otoniel, Aod y Samgar. Débora, con la ayuda de Barac, derrotó a Sísara y a los ejércitos de este (yo añadiría que también contó con la ayuda de Jael); Gedeón derrotó a los madianitas con trescientos hombres; Jefté hizo votos impulsivamente y parece que puede haber ofrecido a su hija en sacrificio; y Sansón comenzó la derrota de los filisteos. Fue durante estos tiempos que vivió Rut. Ella era de Moab y espigaba en la era de Booz, y acabó siendo la esposa de este y la bisabuela de David. Los últimos jueces fueron Elí y Samuel. Estos fueron días tenebrosos para los hijos de Israel.

El pueblo se cansó de ser gobernado por jueces y dijo: «... constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones» (1 Samuel 8.5). Entonces Dios dijo a Samuel: «Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos» (1 Samuel 8.7). Así fue como el primer rey de ellos, Saúl, de la tierra de Benjamín, fue ungido rey sobre la tierra de Israel; y el período de los jueces terminó.

Desde cerca del 1050 al 930 a. C., se nos presenta el período conocido como el Reino Unido. Saúl reinó cuarenta años. Él desobedeció al Señor al no destruir a los amalecitas de la forma que debía haberlo hecho. Samuel le dijo: «Jehová te ha desechado para que no seas rey» (1 Samuel 15.26). Dios había escogido para Él un nuevo rey, un varón conforme a Su corazón. Samuel fue enviado a la casa de Isaí, en Belén, y allí ungió a David para que fuera el siguiente rey.

David reinó primero en Hebrón y luego se mudó a Jerusalén. Su capital llegó a ser Jerusalén cuando fue tomada de los jebusitas. El arca del pacto fue llevada allí, y Jerusalén se convirtió no solo en el centro político, sino también en el centro religioso del país. David quiso construir un templo para el Señor, pero el Señor dijo: «No. Eres hombre que ha derramado sangre. No puedes hacerlo tú. Tú no me harás casa. Yo te haré casa. Un día de estos, cuando duermas, levantaré a tu hijo que me edificará casa» (vea 2 Samuel 7.8–13). Esta fue una profecía de Salomón, no me cabe duda; pero hay más que esto en ella. Fue una profecía en el sentido de que el Mesías vendría a través de David (vea Hebreos 1.5).

David no era perfecto. Él cometió un grave pecado en el asunto con Betsabé, al matar a Urías y tomarla como su propia esposa, y su familia pagó por sus pecados. Natán mismo dio a David el mensaje de Dios, diciendo: «Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste...» (2 Samuel 12.10). Así llegó a suceder que Amnón, su hijo, violó a su propia hermana. Otro hijo, Absalón, hizo que mataran a Amnón. Luego Absalón se rebeló contra su padre, y habría tomado la vida de este, si hubiera podido hacerlo. Su rebelión fue sofocada. Casi al final de la vida de David, Adonías decidió que él sería el rey, y su rebelión fue sofocada. Salomón fue proclamado al final como rey.

Salomón reinó desde el 970 al 930 a. C. más o menos. Fue el último de los tres reyes del Reino Unido, que fueron Saúl, David y Salomón. Con la ayuda de Hiram, rey de Tiro, en la tierra de Fenicia, Salomón edificó el templo del Señor. Fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. A Salomón se le preguntó en un sueño, qué desearía tener, y de todas las cosas que pudo haber elegido, eligió la sabiduría. Llegó a ser el más sabio de todos, y sus proverbios y cantares fueron legendarios.

Durante el tiempo de David y Salomón, se escribieron la mayoría de los salmos y se recopilaron los proverbios. Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, y probablemente, hasta Job, fueron escritos para este tiempo, aunque es probable que Job viviera incluso antes del tiempo de Abraham. La sabiduría y la literatura poética ocuparon un lugar muy, pero muy prominente, para esta época.

Salomón cometió un gran pecado al casarse con las mujeres de las naciones de alrededor, lo cual Dios había prohibido. Ir en pos de los dioses de estas mujeres extranjeras llevó a la división del reino. Cuando Salomón murió, a su hijo Roboam se le pidió disminuir la carga de servidumbre que les había impuesto su padre. Salomón había llevado al país prácticamente a la bancarrota para tener el esplendor del cual disfrutaba; pero Roboam siguió el consejo de los jóvenes que le dijeron que dijera: «El menor de los dedos míos es más grueso que los lomos de mi padre. Ahora, pues, mi padre os cargó de pesado yugo, mas yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones» (1 Reyes 12.11). Por lo tanto, el reino se dividió.

Diez tribus se fueron al norte y formaron el reino de Israel, o de Efraín, como se le llamaba. Más adelante se le llamó Samaria. Constituyeron a Jeroboam como rey de ellos. Roboam, el hijo de Salomón, se quedó con solo dos tribus: Judá y Benjamín. Muchos de los levitas se trasladaron al sur. No hubo reyes buenos en el norte. A Jeroboam se le conoce siempre como el que hizo pecar a Israel. Cuando él murió, su hijo Nadab lo sucedió, y luego este fue muerto. Toda la familia de Jeroboam fue muerta por un hombre llamado Baasa. Este fue sucedido por su hijo Ela. Toda la familia de él fue muerta por Zimri. Este duró solo siete días como rey y luego fue muerto por Omri, que trasladó la capital del norte, a Samaria. Omri fue el padre de Acab, que tomó a Jezabel por esposa.

Durante estos días, Elías habló contra Acab y lo censuró por sus pecados. La confrontación sobre el monte Carmelo ocurrió cuando descendió fuego del cielo y quemó el sacrificio de Jehová. Acab fue sucedido por Ocozías y luego por Joram. Luego Jehú vino y destruyó toda la dinastía de Acab. Jehú fue sucedido por Joacaz, Joás y Jeroboam II.

En los días de Jeroboam II, se levantaron dos grandes profetas en la tierra de Israel, al norte: Amós, el profeta de la justicia de Dios, y Oseas, el profeta del amor de Dios. Después de Jeroboam II, hubo un pronunciado deterioro. Zacarías y la totalidad de la familia de Jehú fueron destruidos; Salum fue muerto; Manahem pagó un alto tributo a Asiria tan solo para mantenerse vivo; Pekaía fue muerto, como lo fue Oseas. En el 722 a. C., los asirios destruyeron el reino del norte y se llevaron el pueblo al exilio. El reino del norte como tal, dejó de existir.

Mientras tanto, al sur, Roboam fue un gobernante malvado. Fue sucedido por Abías, que fue un rey malvado. Este fue sucedido por Asa, que fue un rey bueno, y luego por Josafat, que también fue un rey bueno, y por extraño que parezca, fue amigo de Acab. Los hijos de estos se casaron entre sí. ¿Se lo imagina usted? Fue sucedido por Joram, luego por Ocozías, que también fue muerto por Jehú. (Jehú mató a los dos, al rey del sur y al rey del norte).

Luego vino un reinado de terror. La hija de Jezabel, Atalía, la madre de Ocozías, usurpó el trono en el sur durante seis años. Joás fue puesto en el trono a la edad madura de siete años; era el único que quedaba del linaje de David. Luego el pequeño Joás fue sucedido por Amasías. Este fue sucedido por Azarías, conocido como Uzías. Fue el rey que quemó incienso en el templo y fue herido con lepra. En el año que el rey Uzías murió, Isaías vio su visión y clamó, diciendo: «Heme aquí, envíame a

mí» (Isaías 6.8). Fue sucedido por Jotam, Acaz y Ezequías. El profeta Miqueas profetizó en los días de estos reyes.

En el 722 a. C., los asirios ya habían tomado el reino del norte. De modo que en el 701 a. C., bajo Senaquerib, ellos decidieron tomar el reino del sur, y lo hubieran logrado, si Dios no hubiera intervenido. Ellos pidieron a Ezequías que se rindiera, e Isaías vino a este con mensaje de Dios, diciendo: «Dios te salvará» (vea Isaías 37.21–35). Ezequías tomó la carta en que le pedían rendirse, al templo, y la extendió delante del Señor, como si dijera: «Dios, depende de Ti. No hay nada que yo pueda hacer respecto de ella». Una noche, el ángel del Señor mató a 185.000 de los asirios; y cuando el pueblo se levantó al día siguiente, había hombres muertos por todos los alrededores. Los asirios salieron y jamás volvieron a amenazar al reino del sur. A Ezequías se le concedieron quince años más de vida, porque se lo pidió a Dios.

Después de Ezequías, uno de los mejores reyes, vino su hijo Manases, uno de los peores reyes. Fue el que más tiempo reinó y fue, sin duda, el más malvado de todos los reyes del sur. Reinó durante cincuenta y seis años.

Fue sucedido por Amón, y este fue sucedido por Josías, otro rey bueno. Fue bajo el reinado de este que se reparó el templo. Fue para este tiempo que se encontró el libro de la ley. Creemos que se trataba del libro de Deuteronomio. Josías dio comienzo a una gran reforma cerca del 621 a. C., a la cual se le llama la Reforma Deuteronomica. Fue muerto por Faraón Neco en el 609 a. C., cuando salió a atacar al ejército egipcio. Fue sucedido por una serie de reyes débiles, que fueron mayormente vasallos, primero, de Egipto y luego, de Babilonia: Joacaz, que duró tres meses; Joacim, que duró once años; Joaquín, que duró tres meses y Zedequías, que duró once años. En el 586 a. C., el reino llegó a su fin.

En el 606 a. C., Nabucodonosor había venido por

primera vez y se había llevado a Daniel, a Sadrac, a Mesac y a Abed-nego, y a otros jóvenes selectos a Babilonia. En el 597 a. C., vino nuevamente y se llevó a Ezequiel, a Joaquín y a muchas otras personas destacadas. En el 586 a. C., se derribó el muro después de un sitio de dieciocho meses. El templo fue incendiado, la ciudad fue quemada y el pueblo fue llevado a un exilio que duró setenta años.

Estos fueron los días de Sofonías, quien anunció que el día del Señor sería un día de juicio sobre la tierra.

Estos fueron los días de Jeremías, quien fue llamado en los días de Josías, en el 627 a. C., y que predicó hasta cerca del 580 a. C., diciendo al pueblo que era inútil oponer resistencia, que Dios había decretado el ocaso del reino. Se le llamó el profeta llorón, y tuvo muchas razones por las cuales llorar.

Estos fueron los días de Ezequiel. Este fue llevado en el 597 a. C. a Babilonia a predicar a los exiliados que estaban junto al río Quebar. Les dijo que Jerusalén sería destruida, y luego les dio esperanzas de que un día Dios les bendeciría.

Estos fueron los días de Habacuc, cuando los judíos preguntaban: «Señor, ¿por qué permites que los inicuos babilonios nos invadan? Sé que somos malos, pero no somos tan malos como ellos» (vea Habacuc 1.1–4). La respuesta que dio Dios fue esta: «Confíen en Mí, y Yo cuidaré del mundo. Ustedes cuiden de Habacuc. El justo vivirá por medio de ser fiel a Mí» (vea Habacuc 1.5—3.19).

Estos fueron los días de Nahum, quien se regocijó por la caída de Nínive en el 612 a. C. La capital de Asiria había caído, y toda la tierra se regocijó, pero el regocijo no duró mucho, porque fue sucedido pronto por el azote de Babilonia. Estos fueron los días del exilio.

El imperio de Babilonia cayó en el 539 a. C. Ciro el rey de Persia, tomó Babilonia. Una de los primeros actos

de gobierno que realizó, fue permitirles a los cautivos volver a casa. Los que habían sido sacados de su tierra, debían ir a casa y morar en sus ciudades y edificar templos, y dijo: «Oren por mí». Los hijos de Israel tomaron el camino a casa entre el 538 y el 537 a. C. más o menos.

En el 536 a. C., llegaron a la tierra de Palestina, dirigidos por Zorobabel. La tierra había sido tomada por una raza mestiza de gente. Eran los samaritanos, que causaron muchos problemas a los judíos, pero los hijos de Israel pusieron los cimientos del templo. Luego hubo oposición nuevamente, pero bajo las prédicas de Hageo y de Zacarías, fueron estimulados a seguir adelante y avanzar en la edificación del templo, y así hicieron. En el 516 a. C., exactamente setenta años después que fue destruido, el templo fue reedificado.

Poco tiempo después, apareció Esdras. Bajo su liderazgo, con una compañía de sacerdotes que él trajo, se restableció el culto. Luego, en el 444 a. C., Nehemías volvió, y bajo su liderazgo, se edificaron los muros alrededor de la ciudad.

Ester vivió poco después de esa fecha. El rey Asuero había depuesto a Vasti de su condición de reina, y Ester llegó a ser su reina. Ella fue la que salvó a su pueblo, por la intervención de Mardoqueo, de la malvada conspiración de Amán. Los judíos todavía celebran una fiesta para conmemorar este evento: la fiesta de Purim.

El Antiguo Testamento termina con el libro de Malaquías. El templo ha sido reconstruido. El culto se ha restablecido. El pueblo vive de nuevo su rutina, y esta ya está llegando a ser normal. Cerca del 400 a. C., el profeta Malaquías advirtió que ellos no habían de tomar a Dios a la ligera. Terminó con una promesa: «Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia y en sus alas traerá salvación [...] He aquí, yo os envío el profeta Elías [...] El hará volver el corazón de

los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres...» (Malaquías 4.2-6). Y el Antiguo Testamento termina con la nota anterior.

El Antiguo Testamento no es un libro completo, porque la historia no terminó con el libro de Malaquías. Muchas profecías se dieron para mostrar que venía algo mejor. Se le dijo a Abraham, se le dijo a Isaac y se le dijo a Jacob, que por su simiente serían benditas todas las naciones. A la tribu de Judá se le dijo que el cetro nunca se apartaría de ella. El Hijo del Hombre, el Hijo de Dios vendría a través de ellos. A David se le dijo que Dios lo haría una gran familia. Los grandes profetas fueron aún más explícitos al describir el tema de la redención de Dios que se cumpliría algún día; pero el Antiguo Testamento termina, y ese día no había llegado.

Usted y yo conocemos el final de esta historia. Usted y yo conocemos el significado de todo el culto y de todos los sacrificios de los tiempos antiguotestamentarios, porque sabemos que apunta al sacrificio de Cristo. Usted y yo sabemos que el reino que se anunció es el reino del Señor, la iglesia del Señor; y que el mensaje se cumple en Jesucristo.

Tanto el Antiguo, como el Nuevo Testamento, constituyen una historia de un Dios que actuó, de un Dios que planeó y de un Dios que tomó interés en las vidas de los hombres y de las mujeres, y que intervino en las vidas y los destinos de estos para cumplir Su voluntad en medio de ellos. Ese es el Dios que usted y yo servimos hoy.